



AMY TAN

*La historia que se esconde
detrás de la historia*

*La génesis de **El valle del asombro***

 Planeta

**LA HISTORIA QUE SE ESCONDE
DETRÁS DE LA HISTORIA**

AMY TAN

**LA HISTORIA
QUE SE ESCONDE DETRÁS
DE LA HISTORIA**

*Reglas de etiqueta
para las bellas del boudoir*

Hace unos cuantos años, mientras miraba antiguas fotos de familia, me topé con un minúsculo retrato en sepia encolado a una de las páginas de un álbum. No era la primera vez que lo veía, pero nunca le había prestado demasiada atención, en parte porque la persona que aparecía en aquella miniatura no pertenecía a nuestra familia.

¿O sí? Coloqué una lupa sobre la imagen para observar más detalladamente el rostro. Era mi abuela, con un aspecto bastante distinto al que lucía en las otras cuatro fotografías que de ella conservo.

Siempre me habían contado que mi abuela era una mujer tradicional, chapada a la antigua, una persona tranquila y de pocas palabras que siempre estaba en casa y que, con los años, acabó convirtiéndose en una trágica víctima de la sociedad. Según nuestra historia familiar, sus padres la querían tanto que se habían mostrado muy exigentes a la hora de buscarle marido y habían ido desaprobando, uno tras otro, a los hombres que mi abuela elegía, por lo que no se casó hasta la tardía edad de veinticuatro años. Se convirtió en la prime-

ra esposa de un estudioso con el que tuvo dos hijos, mi tío y mi madre. A principios de 1919, cuando mi abuela contaba veintinueve años, su marido falleció a consecuencia de una repentina enfermedad, que muy probablemente fuera la gripe española. Seis años más tarde, mi abuela fue a visitar los dominios del hombre más rico de la isla de Chongming, a unas cuatro o cinco horas en transbordador desde Shanghái. Tras una velada social jugando al mahjong, se acostó en la cama que compartía con su hermanastra mayor, cuyo esposo vendía las telas que se elaboraban en las fábricas del adinerado empresario. En plena noche, la hermanastra abandonó el lecho y su lugar lo ocupó el potentado, que violó a mi abuela. Se quedó embarazada y para evitar el escándalo, se vio obligada a convertirse en la Cuarta Esposa de aquel hombre, o lo que es lo mismo, en su concubina. Allí, en una mansión de la isla, vivió hasta el fin de sus días..., que no alcanzaron el año. Dio a luz al primer hijo varón del potentado y coincidiendo con el inicio del Año Nuevo chino, se quitó la vida.

Aquella fotografía, sin embargo, me ofrecía una perspectiva distinta de mi abuela. Mira a cámara con ojos penetrantes y si bien parece tranquila, como según dicen que era, también transmite una especie de silencioso desdén. Lleva el pelo peinado con raya en medio, y dos mechones largos hasta la barbilla, como cortinas a medio correr, le ocultan ambos lados del rostro. La ropa que luce recuerda el traje persa de un joven: una blusa de cuello alto y amplio, ceñida al cuerpo y que luego se ensancha hasta la altura de los muslos, a juego con unas ajustadas mallas, lo que hoy podríamos llamar unos *leggings*. Las mangas de la blusa también son ceñidas. Hasta los zapatos, de punta curvada hacia arriba, le dan un

aire de *Las mil y una noches*. La observo más detenidamente. ¿Por qué está de puntillas, con el talón sobre la parte posterior del zapato? ¿Acaso quiere parecer más alta? ¿Por qué querría parecerlo? ¿O es que no le van bien? Parecen demasiado grandes para ella. ¿No son sus zapatos?

Lo que más me sorprende es su despreocupada postura: un brazo en jarras y los dedos de la mano extendidos sobre la cadera. La otra mano sostiene la barbilla, y el codo lo apoya en el respaldo de una silla alta, de estilo occidental. Detrás, un fondo dibujado de cortinas abiertas y flores. Esa foto no se la hicieron en su casa.

Concentro todo mi interés en otra minúscula fotografía de dos mujeres. Allí está otra vez mi abuela, algo más joven: luce un largo vestido oscuro, una chaqueta entallada y un cuello blanco forrado de piel, tan alto que le roza las orejas. La falda le llega hasta los tobillos. Como en la otra foto, adopta una pose lánguida, con un brazo en jarras y el otro apoyado en un pedestal. Lleva el pelo peinado con raya a un lado y, también como en la otra foto, dos mechones le enmarcan el rostro como un par de cortinas descorridas. En esta ocasión, sin embargo, no muestra una expresión desdeñosa, sino traviesa. Casi podría decirse que sonrío con aire burlón.

A su lado, una mujer de más edad aparece sentada con las manos sobre el regazo; luce el mismo vestido que mi abuela, pero no le sienta tan bien. Lleva el pelo recogido en un peinado alto que sólo se me ocurre definir como «a lo Marjorie Main». La falda tiene algún que otro detalle occidental, como los flecos. Bajo el dobladillo, asoman unos relucientes botines también de estilo occidental. Para ser una mujer china, no parece muy tradicional. Su expresión, sin embargo, es algo re-

milgada, casi angustiada, o preocupada, a juzgar por el ceño ligeramente fruncido. Es una mujer tranquila y de pocas palabras, intuyo, pero no la reconozco. Aun así, sus rasgos faciales guardan cierto parecido con los de mi abuela. Tal vez sea mi bisabuela. O aquella hermanastra mayor que se levantó en plena noche y dejó que el potentado ocupara su lugar en la cama. ¿Por qué estarán juntas? ¿Y por qué se hicieron esa foto en un estudio fotográfico occidental? Estas maravillosas imágenes siempre han estado ahí, sólo debía fijarme en ellas con más detalle. Como ocurre, por otro lado, con la mayoría de los descubrimientos que hacemos en la vida.

Mi búsqueda de fotos había empezado unos meses antes, después de asistir a una visita guiada en el Museo de Arte Asiático de San Francisco. El museo había organizado una muestra sobre Shanghái, la ciudad en la que habían vivido varias generaciones de la familia de mi madre, la ciudad en la que se habían criado mi bisabuela, mi abuela y mi madre, en la que mi tío abuelo había trabajado como intérprete para una firma comercial extranjera, en la que mis hermanastras habían pasado su infancia antes de que las enviaran al campo durante la Revolución Cultural. Por todas esas conexiones, me considero de origen shanghaiano (entendiendo «shanghaiano» como distinto de la etnia *han*, que es el grupo al que pertenecen la mayoría de los habitantes de China, los que hablan mandarín).

Los oriundos de Shanghái se consideran a sí mismos diferentes del resto de la población china. Tienen más sentido común para los negocios, son más maniáticos con la comida y más críticos con lo que está bien y lo que no en prácticamente cualquier cuestión. Además, son de piel más clara y facciones más delicadas. Son más

mundanos y sofisticados. Están de vuelta de todo. Tal vez a ojos de los demás sean un poco agresivos, pues cuando dos personas de Shanghái se están contando algo, más bien da la sensación de que se están peleando. Pero es que, en realidad, hablan así. Todo esto lo digo en un tono un tanto irónico, dado que yo también soy medio shanghaiana. Pero si hay algo con lo que todas las mujeres shanghaianas estarán de acuerdo, es lo siguiente: las mujeres de Shanghái son temibles. ¿Acaso es la historia de la ciudad la que les ha forjado ese carácter?

La exposición sobre Shanghái se ocupaba de diversos temas, entre ellos la influencia que los occidentales han tenido en la cultura shanghaiana, especialmente los británicos, estadounidenses y franceses que vivieron en la Concesión Internacional y en la Concesión Francesa. Dicha influencia otorgó a Shanghái su identidad internacional, pero también provocó que se levantaran protestas contra los extranjeros y que nacieran movimientos de diferente magnitud, algunos de ellos violentos, que afectaron la economía china. La mezcla de culturas e ideas de Shanghái se ha comparado a menudo con la de Nueva York. En aquellos tiempos, Shanghái era un cosmos internacional de modernidad, poder y estilo, con un comercio exterior floreciente que atraía a empresarios, nuevas fortunas, más extranjeros, burócratas, timadores y gánsters (el más famoso de los cuales, conocido como Du *Orejas Grandes* y vinculado a la Banda Verde, asistió a la boda de mi madre). Durante el último siglo, los occidentales colgaron a Shanghái etiquetas no precisamente halagadoras como, por ejemplo, «Ciudad del pecado», mote que siempre me ha molestado por motivos que no es difícil imaginar.

¡Qué lejos queda ya la ciudad de esa imagen del pa-

sado! No obstante, y a grandes rasgos, la personalidad de Shanghái entendida como ese cosmos especial que he mencionado antes sigue vigente. Entre 1830 y 1930, Shanghái dejó de ser un aletargado pueblo pescador para convertirse en una ciudad de estilo e influencia internacionales. Tras un paréntesis de austeridad comunista y prohibición de toda influencia occidental, Shanghái ha seguido cambiando a una velocidad de vértigo y es, en estos momentos, una influencia para Occidente. Cada vez que viajo a Shanghái, tengo la sensación de que la línea de los rascacielos ha cambiado, que hay más neón y más propuestas arquitectónicas igual de atrevidas que desconcertantes. Cada vez que voy, descubro que han cambiado los estándares de lo que se considera pijo y superpijo. Y es que, hoy en día, cada vez son más los que tienen dinero para gastar en ropa de marca y pagar unos precios que superan de largo lo que para mí es un despilfarro.

¿Y quiénes están protagonizando la mayoría de esos cambios? Las mujeres. He conocido a algunas que se dedican a comprar antiguas casas que luego restauran para convertirlas en modernos centros comerciales con galerías de arte y elegantes restaurantes chinos de inspiración francesa. Otras ocupan importantes cargos en agencias de publicidad y contribuyen con su trabajo a definir el lujo. Una de las mujeres más ricas del mundo es china... y se educó en Occidente.

¿Y qué tiene que ver mi historia con todo esto? Que trata sobre mujeres, que influyeron mucho en la transformación de Shanghái.

Cuando escribo, siempre vuelvo la vista hacia generaciones pasadas de mi familia y reflexiono sobre la influencia que han tenido en las generaciones posteriores

y, en última instancia, en mí. Sé que he heredado ciertos rasgos de mi madre, entre ellos una vena rebelde y un carácter obsesivo. Y sé, también, que ella heredó de mi abuela una tendencia suicida que, por suerte, yo no poseo. Creo a pies juntillas en la idea de que cada generación de antepasados se vio en parte modelada por la generación anterior y por la historia y la sociedad del momento; que cada generación de antepasados legó a la siguiente algunos de sus hábitos, idiosincrasias, formas de pensar y opiniones sobre cómo comportarse. No son, necesariamente, ni puntos fuertes ni debilidades. Por ejemplo, a mi madre le encantaban las verduras y las frutas que crujían al morderlas, como los rabanitos en vinagre. También era capaz de hacer crujir las naranjas. A mí me pasa lo mismo. No puedo comerme una manzana si no cruje al morderla. ¿Quiere decir eso que mi abuela poseía unos criterios mínimos en cuanto a lo que debían crujir los encurtidos? Pues supongo que sí, y que se lo legó a mi madre y ésta a mí. Pienso en otras manías e imagino que empezaron hace quinientos años. No sólo he heredado ADN.

La palabra *lihai* se utiliza a menudo para describir a las mujeres de nuestra familia. Es un término que tiene que ver con la tenacidad y la diligencia para hacer lo que sea necesario. De hecho, puedo afirmar que la mayoría de las amigas shanghaianas que tengo son *lihai*. Sus madres, según me cuentan, también lo eran. ¿En qué sentido podían ser mis antepasadas *lihai* en el marco de una sociedad que las obligaba a ocupar un lugar? Supongo que, en parte, esa característica se vio consolidada y reforzada por los límites que se les imponían. Y si así lo creo, es porque yo tiendo a esforzarme aún más cuando me dicen que soy incapaz de hacer algo deter-

minado. Un ex jefe me dijo en una ocasión que lo que peor se me daba era escribir y que sería mejor para mí que me concentrara en la contabilidad. Es fácil adivinar lo que hice con esa opinión. ¿Qué fue lo que le dijeron a mi abuela que no podía hacer? ¿Y qué le enseñó ella a su hija —mi madre— sobre tenacidad y rebeldía? Cuando yo era joven, mi madre siempre me decía que jamás dependiera de un hombre y que tuviera mi propio trabajo porque un hombre podía abandonarme de la noche a la mañana. Me decía que no me dejara humillar por nadie. Que nadie podía decirme cuándo debía tener hijos. Esos consejos procedían de algún rincón de su pasado y, muy probablemente, también del pasado de su madre. Me alegra afirmar, sin embargo, que dependo de mi marido —para el amor, el café y la contabilidad— y que llevamos cuarenta y dos años juntos.

No obstante, mi vida actual está enclaustrada en mi vida ficticia. Cuando escribo acerca del pasado, tengo que habitarlo. Tengo que sentir lo mismo que sintieron mi abuela y mi madre. Me introduzco en una especie de máquina del tiempo fabricada a base de palabras e imágenes para poder estar allí cuando esa época se desarrolla. Tengo que ver, percibir y oler ese mundo. Muchos de los detalles me han quedado grabados tras distintas experiencias vitales, como mis visitas a China, o los he asimilado gracias a las historias que me contaban mi madre y demás ancianos de la familia. Otros son conocimientos que he adquirido a través de libros de investigación y visitas a museos.

De hecho, la exposición sobre Shanghái fue la que, en última instancia, dio pie a este libro. Cuando había recorrido aproximadamente tres cuartas partes de la muestra, vi unas cuantas ilustraciones de finales de siglo

elaboradas a pluma y tinta. En una de ellas aparecían varias mujeres en la segunda planta de una casa, asomadas a un balcón de estilo occidental con binoculares en la mano, contemplando los tejados de la ciudad y un campanario de inspiración occidental. En otra de las ilustraciones se veían varias mujeres jugando al billar con unos cuantos hombres. El guía nos explicó que eran cortesanas, una clase de mujeres que habían sido muy influyentes a la hora de introducir la cultura occidental en Shanghái. *Influyentes*. Las mujeres influyentes del pasado siempre me intrigan.

Compré algunos libros sobre Shanghái en la tienda del museo. Uno de ellos era un importante trabajo académico, tan importante en tema como en peso. *Shanghai Love*, de Catherine Yeh. Trataba sobre el mundo de las cortesanas de Shanghái. Una vez en casa, en mi estudio, hojé el pesado libro y me dediqué a observar las numerosas ilustraciones y fotografías de la época. Y, entonces, me topé con una imagen que me hizo palidecer. En ella aparecían algunas mujeres vestidas con un atuendo similar al que lucía mi abuela en la fotografía que más me gusta, la que conservo en mi estudio como inspiración.

Para entender mi reacción, primero es imprescindible visualizar la fotografía de mi abuela. Una joven sentada en un estudio fotográfico, ante un fondo de montañas pintadas. La mesa parece de piedra tallada. Su mirada es soñadora, aunque tal vez se debiera al aburrimiento de tener que estar allí quieta, con una expresión impenetrable, mientras la cámara ponía en marcha su lenta magia. Desprende un aire moderno, con su reluciente chaqueta ceñida y su cuello alto forrado en piel, que prácticamente le roza las orejas. Viste ajustados pantalones a juego. Lleva el pelo recogido bajo una cin-

ta que parece adornada con perlas. Y ahora, centrémonos en la fotografía del libro. Cinco de las diez mujeres llevan la misma ropa ajustada, idéntica hasta en el último detalle: la altura del cuello, el forro blanco de piel, las mangas de forro también blanco y la cinta de pelo adornada con perlas. Otra de las mujeres lleva un largo vestido negro, idéntico al que luce mi abuela en la fotografía en la que aparece con la mujer mayor. Y, además, dos de las mujeres de esta foto lucen el mismo peinado radical que ella: raya en medio y dos mechones largos hasta la barbilla que les ocultan parte del rostro.

Según rezaba el pie de foto, se trataba de las cortesanas que habían ganado el concurso anual de popularidad «Diez Bellas de Shanghái». Era el año 1910. Mi abuela debía de tener por aquel entonces veintiún años. Por lo que he averiguado, la ropa y la cinta de pelo eran habituales en la profesión, y al parecer, las cortesanas se hacían las fotos de recuerdo en estudios fotográficos occidentales en los que jamás ponían los pies, al menos hasta 1917, las mujeres decentes. Acerqué la lupa a la foto del libro y luego a las imágenes de mi abuela. Eran idénticas, en todo, hasta en los brazaletes que llevaban en las muñecas.

Me obsesioné.

Jamás había oído comentar nada acerca de que hubiera una cortesana entre mis antepasados. A esa rama de la familia, según me habían dicho, no le faltaba el dinero, por lo que no estaba justificado que mi abuela tuviera que entregarse a esa clase de vida para sobrevivir. Pero tal vez fuera un chica rebelde que vestía la escandalosa moda de las cortesanas sólo para divertirse y divertir a sus amigas. En otras palabras, que tal vez estuviera haciendo tan sólo lo que las adolescentes han he-

cho toda la vida: imitar la forma de vestir de las estrellas. Porque, sin duda, las cortesanas eran estrellas para las adolescentes de la época. De hecho, y según he leído, a las niñas de familia bien se las reprendía por estar más pendientes de la ropa que se ponían las cortesanas que de sus estudios. He buscado otras fotos en las que aparezcan otras jóvenes vestidas con esa clase de ropa, pero no he encontrado ninguna... aún. He pedido a algunos amigos fotos de sus abuelas y bisabuelas. Una amiga de Shanghái me contó no hace mucho que su abuela, cristiana devota, se había vestido así. Sin embargo, tras hacerle varias preguntas, mi amiga no consiguió recordar ni la forma de las mangas ni si la fotografía se había tomado en casa o en un estudio.

¿Qué otros motivos podía tener mi abuela para vestirse de esa manera? A lo mejor quería ser actriz. A lo mejor en aquella época existían estudios fotográficos occidentales en los que las jóvenes podían disfrazarse de cortesanas y hacerse fotos divertidas. Eso explicaría por qué no le iban bien los zapatos de punta curvada. Y, tal vez, también explicaría por qué ella y la mujer mayor llevaban vestidos oscuros idénticos. Sólo con las fotos, no bastaba para afirmar que mi abuela había sido una cortesana, igual que no se puede afirmar que yo soy una dominatrix sólo porque me disfrazo así, como elemento cómico, en los conciertos que damos con la banda de rock de la que formo parte. Si dentro de cien años algún investigador encuentra una foto mía vestida de esa guisa, ¿llegará a la conclusión de que yo empuñaba profesionalmente el látigo? Espero que no.

Pero ¿y si... tenía un misterio entre manos? La fuente de inspiración para un escritor. A menos que encontrara un documento, una carta o alguna otra fotografía de

mi abuela con una nota en la que se afirmara que había sido cortesana en tal y tal casa de tal y tal calle, no podría afirmarlo jamás con total seguridad. Aun así, no podía evitar el *¿Y si...?* ¿Y si mi abuela se había visto obligada a convertirse en cortesana porque su familia se había arruinado y no le quedaba otra opción si no quería morir de hambre? Ése era el destino de muchas mujeres cuyos maridos lo habían perdido todo o las habían abandonado. No me consta que la familia de mi abuela fuera tan pobre. Aunque sí me suena haber oído que, en un momento determinado, toda la familia dependía de los ingresos del tío de mi madre, que trabajaba como intérprete para una firma comercial extranjera. Es cierto que él les proporcionó un techo bajo el que cobijarse, pero nada más. Cuando mi abuela enviudó, su hermano no le dio ni un céntimo, por lo que tuvo que empeñar su ropa para conseguir algo de dinero. ¿Un hermano tan tacaño le habría comprado carísimos vestidos de cortesana? ¿Le habría dado dinero para que se lo gastara en fotos de estudio? *Incoherencias*. Me encantan.

Otra incoherencia más. Por lo que sé, la carrera de una cortesana en una casa de primera categoría terminaba a los veintipocos años y lo mejor que podía hacer a partir de entonces era convertirse en concubina de algún estudioso. Era difícil que llegara a casarse. Según me habían contado, mi abuela se casó a los veinticuatro años y se convirtió en la primera esposa de un estudioso. Podría haberse casado antes, según la historia familiar, pero sus padres la querían tanto que no estaban dispuestos a conformarse con un marido cualquiera. Más tarde me enteré de que mi abuela era en realidad la segunda esposa, no la primera; por tanto, era en la práctica una concubina. El estudioso en cuestión —es

decir, mi abuelo— no era tal, sino un funcionario en paro que había encontrado trabajo justo antes de morir. Sin embargo, esa revisión de la historia familiar sigue sin demostrar que mi abuela fuera cortesana. Tal vez se casó con él porque estaba locamente enamorada, hasta el punto de que no le importaban ni el dinero ni la posición social. Es algo que ha sucedido siempre.

Como parte de mi investigación, recurrí a las fuentes primarias, es decir, a mi familia de China. Les mostré las fotos que acababa de descubrir y que les había grabado en un DVD. Incluso después de comprobar cómo aparecía vestida nuestra abuela en ellas, les asombró que yo me hubiera planteado siquiera la posibilidad de que hubiera ejercido tan vergonzosa profesión. Era una mujer tradicional y chapada a la antigua, me insistieron. Me acusaron de insinuar que nuestra abuela era una mujer inmoral. Dijeron que habría preferido quitarse la vida antes de hacer tal cosa. Y, de hecho, se había suicidado al verse obligada a adoptar el papel de concubina.

La mayoría de mis familiares estadounidenses, en cambio, consideraban que el asunto era intrigante, si bien tampoco estaban dispuestos a sacar precipitadas conclusiones que pudieran mancillar la reputación de nuestra abuela.

Mancillar su reputación. ¿Qué me respondería ella si se lo preguntara? Dicen que los muertos no hablan, pero yo no tengo esa sensación con mi abuela. Es mi musa, una influencia del pasado y, por tanto, una fuerza del presente. Pienso mucho en ella y a veces percibo su presencia en la habitación, como si estuviera observando lo que hago y lo que escribo. Con algunos libros, tengo la sensación de que me ha proporcionado información útil en forma de coincidencias: por ejemplo, li-

bros que caen casualmente en mis manos y en los que encuentro justo lo que estaba buscando. Creí que eso era precisamente lo que había ocurrido al abrir el libro por la página que contenía la imagen de las «Diez Bellas de Shanghái» y al encontrar, más tarde, las minúsculas fotografías en las que aparecía ella. Pero desde entonces, he tenido más problemas técnicos que nunca. Mi procesador de textos no funciona. No puedo hacer copia de seguridad de los archivos. Me entra un virus en el ordenador. ¿Son esos incidentes una forma de decirme que no aprueba lo que hago? ¿O esos problemas técnicos se producen cuando estoy perdiendo el tiempo, como cuando me dedico a consultar el correo o Facebook, en lugar de escribir? Ahora que lo pienso, Facebook se cuelga mucho cuando lo abro en el iPad, pero no ocurre lo mismo con el programa que utilizo para escribir. Es reconfortante. El hecho de tener la sensación de que es mi abuela la que recurre a los problemas técnicos para mostrar su desagrado, ¿me está condicionando? En realidad, ahora me doy cuenta de que casi todos esos incidentes se produjeron después de instalar el nuevo sistema de seguridad de Apple, que implicaba una serie de cambios que, uno tras otro, fueron provocando esos fallos. Me gustaría creer que la culpa es de Apple y que a mi abuela no le molesta en absoluto que yo haya indagado en la historia familiar.

Nunca llegué a conocer a mi abuela, en persona al menos. Murió en 1925. Aun así, siempre ha desempeñado un papel importante en mi vida y en mi obra, lo mismo que mi madre, desde el momento en que empecé a escribir ficción. La conozco bien porque, en cierto sentido, cuando escribo me convierto en mi madre y en mi abuela. Siento el impulso de querer conocer mejor lo

que reside en mí, las influencias, el espíritu y el corazón que ellas me legaron (intencionadamente o no). Todo ello muchísimo más complejo e interesante que los relatos familiares de una abuela virtuosa y perfecta que acaba convertida en una víctima de la sociedad. Como escritora de ficción, sé que la perfección es también una ficción. Breves epitafios incomparables a lo mucho que se queda en el tintero. A lo mucho que se revisa y se suaviza. La perfección es aburrida. A los escritores nos mueve el deseo de encontrar la verdad, que no tienen por qué ser necesariamente hechos, sino más bien la verdad acerca de la naturaleza humana, con todas sus maravillosas incoherencias, su desorden, sus intenciones perversas, sus deseos inconfesables, sus torpes equivocaciones y sus motivos de venganza.

Recordé algo que había dicho mi madre y que ponía en tela de juicio la afirmación de que mi abuela tenía un carácter «tranquilo». Me contó que mi abuela se lamentaba constantemente de lo aburrida que era su vida en una isla apartada de Shanghái. Sin perder de vista ese detalle, entrevisté a través de Skype a una anciana prima segunda que se había criado en la misma casa de la isla en la que vivió mi abuela. Dijo que por aquella época sólo tenía dos años, que apenas se acordaba de mi abuela. Le pregunté si alguien le había contado algo acerca de ella, si recordaba alguna historia familiar y me respondió que mi abuela era la favorita de la familia porque había dado a luz al primer hijo varón, lo cual la convertía en alguien importante. Luego me habló bastante de su padre. Justo antes de colgar, comentó que sin duda mi abuela era *lihái*, esa palabra china que significa «temible». «Si tu abuela tenía una opinión concreta sobre algo —me dijo— y los demás no

estaban de acuerdo, se ponía hecha una fiera. Le tenían miedo.»

Recordé otro detalle que me había contado mi madre y que convertía a mi abuela en una mujer menos tradicional, menos tímida y reservada. De niña, mi madre les llevó una pipa cargada de opio a su madre y al nuevo esposo de ésta. Tal vez fuera una tradición que las concubinas fumasen opio con sus esposos. Mi madre me contó también que mi abuela había llegado a un acuerdo con su nuevo marido: si le daba un hijo varón, él le compraría una casa en Shanghái, lejos de la isla y de las otras concubinas, que con el tiempo llegaron a ser siete. ¿Qué mujer chapada a la antigua habría llegado a un acuerdo así en lugar de limitarse a aceptar la vida que le había tocado? Es más, ¿qué mujer se hubiera atrevido a negociar con un hombre tan rico y poderoso? He leído en alguna parte que era habitual que las cortesanas, al casarse con un cliente, le pidieran una casa en Shanghái, un hogar independiente de la casa en la que él vivía con las otras concubinas. Cuando mi abuela dio a luz a un varón, él incumplió el pacto. Al llegar el Año Nuevo, mi abuela ingirió opio puro y murió al cabo de tres días. Si fue la vergüenza lo que la condujo al suicidio, ¿por qué no lo hizo antes? ¿Por qué esperó varios meses después de tener a su bebé y no se suicidó hasta el inicio del Año Nuevo? Era el momento de arreglar cuentas. Pero... ¿qué cuentas tenía que arreglar ella? ¿Fue una venganza por la humillación que él le había causado? ¿Por haber incumplido su promesa de comprarle una casa en Shanghái? ¿O por ambas cosas? Se me ocurrió que tal vez ella no quisiera suicidarse en realidad, que a lo mejor sólo se proponía asustarlo un poco. Cuando era más joven, ya ha-

bía amenazado al menos en dos ocasiones con quitarse la vida. Pero la historia de la amenaza no cuadra con los hechos, pues mi abuela introdujo una gran cantidad de opio en pastelillos de arroz, supuestamente para que la sustancia se le quedara pegada dentro y no se la pudieran extraer.

Según cuenta la historia familiar, su esposo se sumió en el dolor y prometió cuidar de mi madre como si fuera su propia hija. Y cumplió su promesa: le proporcionó una educación, ropa bonita, dinero y una espléndida boda con un donjuán —el hijo del segundo hombre más rico de la isla—, que a la postre resultó ser un mujeriego y un violador.

En mi familia, los secretos siguen saliendo a la luz y convierten la conocida historia en un montón de contradicciones y misterios que van arrojando pistas y más pistas. Lo que no ha cambiado en la historia de nuestras mujeres es su tenacidad, su naturaleza rebelde y su negativa a aceptar lo que los demás pretendían imponerles, aunque ello conllevara el suicidio. A juzgar por las fotos, sé que mi abuela no era una mujer chapada a la antigua. Por su mirada desafiante y burlona, sé que no era una persona tranquila. Y por las historias que me contaba mi madre, sé que no era precisamente una mujer de pocas palabras. Me entusiasmó descubrir que era de carne y hueso, que tenía personalidad, como si hubiera resurgido de su tumba con una identidad propia formada por elogiosos recuerdos. Tenía sus propias opiniones y no soportaba el aburrimiento. Buscaba la forma de conseguir lo que quería. Y poseía una naturaleza vengativa, que salía a la luz cuando se sentía traicionada. La venganza de mi abuela perduró en el tiempo y a quien más afectó fue, precisamente, a quien ella jamás

habría querido hacer daño: su hija, la joven que acabó convirtiéndose en mi madre.

Cuando surge el misterio, nace la ficción. ¿Cómo podía una chica, pongamos mi abuela, construirse una vida y una identidad propias en el mundo de la prostitución? ¿Qué es lo que tenía que saber desde el principio para llegar a ser una buena cortesana, hubiera entrado voluntariamente o no en la profesión?

Para responder a esas preguntas, escribí un relato psicológico acerca de dos cortesanas en el Shanghái de 1912, es decir, de hace un siglo. Una de ellas, Calabaza Mágica, es mayor y ya está retirada; la otra, Violeta, es más joven, tiene catorce años, la edad normal para las principiantes, y está a punto de empezar su carrera como cortesana virgen. Se ha criado en el mundo de las cortesanas y, por tanto, está familiarizada con él.

Violeta es mestiza, pues su madre es estadounidense. En todos mis libros —incluso en mi novela infantil—, siempre hay algún personaje estadounidense, o que ha estado expuesto a las ideas estadounidenses, cosa que de algún modo lo ha influenciado. Las madres chinas de mis novelas siempre tienen hijas estadounidenses, por eso cuando esas madres cuentan sus historias, conocen las ideas y formas de pensar de Occidente y son capaces de abordar los conflictos de opinión que surgen entre dichas ideas y las suyas orientales. Siempre me ha parecido necesario incluir ese elemento de hibridación cultural. Es de todos sabido que mi cultura es más estadounidense que china. No me crié en China y, por tanto, jamás podré tener una perspectiva puramente china. Justo por eso, dejo que mis personajes —las narrado-

ras— hayan estado expuestos a las ideas occidentales, lo mismo que Shanghái.

Calabaza Mágica, que es quien narra la historia, ofrece a su malcriada pupila una lista de «reglas» sobre lo que debe hacer para salir adelante y sobrevivir. Son consejos acerca del arte del entretenimiento. Pero las principales competencias que debe aprender tienen que ver con los negocios y las negociaciones, con la manipulación y la búsqueda del éxito en el futuro. Con la seguridad económica. Las jóvenes cortesanas que quieran triunfar deben ser disciplinadas, poseer amplios conocimientos y ser capaces de renunciar a sus propios deseos. La historia revela una vida glamurosa, en la que abundan los sacrificios personales y las posibles tragedias cuando se hace caso al corazón, todo ello relatado en un tono práctico por una experimentada cortesana que ha cometido muchos errores en su vida, entre ellos el de enamorarse. Es un relato sobre la ilusión de amor que se crean las cortesanas y la falsa esperanza de encontrar el verdadero amor algún día.

Soy una escritora obsesionada con la investigación. Investigo demasiado. En una ocasión, quise incluir en una de mis novelas un cambio en la zona horaria entre China y Birmania, y para ello me leí todo un libro sobre el sistema que se utiliza para establecer la hora oficial. Me documenté sobre el efecto Bernoulli y me entrevisté con un experto cuando quería describir un escenario de formaciones rocosas creadas por la erosión del viento. Lo mismo hice con esta novela. Escribí incontables correos electrónicos a tres profesores universitarios que están investigando sobre la cultura cortesana en Shanghái y cuya obra se ocupa, en concreto, de la época en la que se desarrolla mi historia. También compré

muchos libros académicos, descubrí textos olvidados y hasta viajé al Museo George Eastman de Rochester para ver fotografías de mujeres —algunas tradicionales y otras no tanto— y anotar dónde se habían hecho las fotos, qué ropa llevaban, quién más aparte de ellas aparecía en la foto y qué pose adoptaban.

Investigué el mundo privado de las cortesanas: qué hacían las madamas, las sirvientas, las cortesanas, las doncellas y demás ayudantes en una casa de primera categoría y cómo se ganaba la vida cada una de ellas. Qué historias sabían narrar, qué conocimientos literarios y musicales poseían. Si era cierto que todas sabían escribir. Lo que pensaban sobre sí mismas y lo que las avergonzaba. Si se sentían orgullosas cuando adquirían popularidad y sus pretendientes empezaban a pelearse por ellas.

Descubrí que las cortesanas gozaban de mucha más libertad que cualquier otra mujer. Podían ir donde quisieran y decidir qué ropa ponerse. Podían levantarse tarde, comer lo que les apeteciera e incluso hacer que les llevaran comida de un restaurante. Les encantaba que se hablara de ellas en las revistas populares. Tenían doncellas y sirvientas que se encargaban de las tareas más mundanas. Esa libertad, sin embargo, duraba únicamente mientras vivieran en casas de primera categoría. Era inevitable que un día u otro tuvieran que marcharse, pues al alcanzar los veintipocos años, dejaban de ser capullos en flor y se convertían en «pétalos caídos», como se las ha descrito en algunos poemas. Además, eran muchas las jóvenes que estaban dispuestas a ocupar su lugar. Las más afortunadas se casaban con algún cliente y, por lo general, se convertían en concubinas. Las que tenían visión para los negocios habían ahorra-

do lo bastante como para abrir su propia casa. Pero las que no disponían de esas oportunidades se enfrentaban a un futuro muy distinto, algo que Calabaza Mágica utiliza como advertencia para que su pupila preste atención a sus enseñanzas.

Me documenté sobre el lado más sórdido de la prostitución, que no tenía nada que ver con el refinado mundo de las cortesanas. El descenso se iniciaba al pasar de una casa de primera categoría a una de segunda, luego a los fumaderos de opio u otros locales improvisados y después, a las calles, por voluntad propia en algunos casos, aunque la mayoría acababan convertidas en prostitutas callejeras a las órdenes de algún proxeneta. Por último, quedaban los cobertizos en los que las mujeres se limitaban a tenderse en el suelo, aturdidas por el opio, y a ir recibiendo, uno tras otro, a conductores de *rickshaw* y culis. A veces, era todavía peor. Se me encogió el estómago al leer acerca de la vida que llevaban niñas de apenas nueve años que en muchos casos se veían obligadas a recibir hasta veinte clientes al día. Las mujeres que consiguieron sobrevivir a esa clase de vida contaron sus historias.

También me documenté mucho sobre el Shanghái de 1912. Encontré mapas que incluían los nombres de las calles, que no eran los mismos que les daban los occidentales. Localicé en ellos las callejuelas en las que estaban situadas las casas. Y descubrí también cómo se llamaban los negocios, que en la mayoría de los casos adoptaban el nombre de la madama o la cortesana más importante.

Me sumergí, además, en los detalles de los muebles, de la ropa, de los juegos y de los pasatiempos en general. Me fascinó averiguar que en muchas de las casas

había un billar. Poseo una panzuda mesa de billar de 1909. Pero no tengo escupideras. Descubrí que prácticamente todos los hombres de Shànghái frecuentaban los burdeles y que los que tenían poder y dinero utilizaban las casas de cortesananas como clubes privados. Dicho de otra manera, como lugares en los que se reunían con sus amigos. Ésos eran los hombres que veían los símbolos de la moda y del prestigio, es decir, los muebles occidentales en las casas de cortesananas. Y las chicas escuchaban las conversaciones sobre política y negocios que esos hombres mantenían con sus amigos.

Aprendí cómo conseguían favores íntimos los hombres y cómo llegaban a convertirse en clientes. ¿Cuánto tenían que desembolsar por una velada privada sin favores sexuales? ¿Qué clase de regalos hacían a las cortesananas para demostrarles su interés? ¿Cómo elegían las cortesananas a los pretendientes que tendrían el privilegio de pasar la noche con ellas en sus aposentos privados? Los hombres que visitaban las casas de cortesananas no podían simplemente elegir entre una fila de mujeres. Tenían que cortejarlas y, de hecho, eran ellas quienes elegían, no al revés. Y si querían elegir bien, el afortunado tenía que ser el más rico de los pretendientes. Se cuentan historias de hombres que acabaron desplumados. Que escribieron amenazas. Que invirtieron mucho tiempo y dinero sólo para que después les ganara la partida otro que no tenía mejores referencias, pero sí más juventud y atractivo.

Encontré una novela medio autobiográfica que había escrito hacia 1890 Han Bangqing, director de un periódico. La novela, *Sing-song Girls of Shànghái*, la ha traducido al inglés la gran escritora Eileen Chang y, posteriormente, la ha revisado Eva Hung, traductora y una

autoridad en literatura. Chang ha recurrido a la costumbre de traducir los nombres chinos por sus equivalentes en inglés. Es decir, que en lugar de utilizar nombres chinos como Wang Sheng You, ha bautizado a los personajes con equivalentes abreviados en inglés, como Vigorous.¹ Yo decidí hacer lo mismo porque me gustaba la idea de que un nombre evocara una imagen y porque de esa forma tampoco se nos exigía, ni a mí ni al lector, recordar nombres chinos que no son nada fáciles de retener para quien no conoce el idioma.

Leí acerca de los panfletos que un famoso poeta había escrito doscientos años atrás con el objetivo de advertir a los jóvenes sobre las avariciosas cortesanas. En dichos panfletos, también se les aconsejaba que no orinaran delante de las chicas, ni alardearan de su virilidad. Descubrí los ardides a los que recurrían las cortesanas para obtener más regalos de sus admiradores. Y también me enteré de una original artimaña que ponían en práctica en las joyerías.

Curiosamente, se había investigado muy poco sobre el tema del sexo en las casas de cortesanas. No se debía a cierta mojigatería por parte de los académicos, sino al hecho de que, a pesar de haber realizado una concienzuda búsqueda, no habían encontrado mucha información acerca de lo que ocurría tras las puertas cerradas. Tal vez el motivo fuera que las cortesanas se esforzaban por proteger sus secretos de las rivales. Dado que el sexo, obviamente, formaba parte de la profesión, busqué en otros sitios información que pudiera servirme como base. Por ejemplo, extraje algunos detalles de novelas pornográficas escritas entre cien y trescientos años

1. Enérgico, vigoroso. (*N. de la t.*)

atrás. Tomé notas de distintas cuestiones, como las posturas más populares, las perversiones, los eufemismos que empleaban para los órganos genitales, el uso de afrodisíacos y juguetes sexuales... Ay, ¡lo que tenemos que hacer los escritores por nuestras obras!

Y, puesto que las cortesanas formaban parte del mundo de los famosos, me dediqué a consultar los periódicos populares de la época, conocidos en general como «periódicos mosquito». ¿Cuáles eran las historias más habituales? Para mi sorpresa, descubrí que se parecían mucho a las que se publican en la prensa de hoy en día: enemistades, encuestas de popularidad, una guía con las mejores casas, cotilleos varios y una sección titulada «¿Qué ha sido de...?», en la que aparecían famosas cortesanas que habían acabado haciendo la calle en un estado lamentable.

También leí cartas de cortesanas dirigidas a sus amantes, a los hombres que les habían prometido matrimonio pero que jamás contestaban a sus reiterados mensajes ni cumplían sus juramentos. En algunos casos, las chicas entregaban todo su dinero a esos hombres. Eran demasiado frecuentes las historias de mujeres que deseaban ser amadas y creían haber encontrado finalmente quien les correspondiera. Suplicaban a sus amantes que volvieran, se lamentaban de su desesperada situación económica, de las facturas que se acumulaban... Esas cartas me hicieron llorar.

Investigué mucho más de lo necesario y encontré muchas contradicciones, pero también muchos datos que contradecían esas contradicciones. Me quedé sin saber a ciencia cierta por qué mi abuela se había vestido de cortesana, por qué se había hecho fotos vestida de ese modo, con expresión risueña y desafiante al mismo

tiempo. A veces, estoy convencida de que fue cortesana, pero luego encuentro pruebas que me hacen pensar lo contrario. También sé que, por el bien de mi historia, lo que me intriga de verdad es la posibilidad de que lo fuera. En ese sentido, soy claramente parcial.

Una cosa más. Mientras escribía esta historia, me di cuenta de que un relato como éste puede plantear preguntas y, también, despertar iras. La prostitución infantil es una de las peores violaciones de los derechos humanos. Sin embargo, prolifera en las calles del mundo entero y es mucho más frecuente de lo que en general creemos. Muchos podrían pensar que, al escribir esta novela, lo que hago es ensalzar el mundo de la prostitución infantil, pero si la leen con atención se darán cuenta de que no es así. Refleja justo el momento antes de la caída y la certeza de que dicha caída se va a producir. No es una novela romántica. No hay ningún giro de la trama que conduzca la historia hacia el amor verdadero. Ni tampoco se festeja que Violeta esté a punto de perder la virginidad. Sólo es realidad.

Para mí, en cualquier caso, esta historia habla de algo más que de cortesanas. Lo que escribo es profundamente personal, es un diálogo interior que mantengo conmigo misma y que el lector jamás llegará a conocer. Mis propias necesidades como escritora me impulsan a hurgar en preguntas que no tienen respuesta, preguntas acerca de quién soy y de cuál es mi razón de ser en la vida. La *mía*. Mi razón de ser en la vida no es lo que llega a los estantes de la librería cuando he terminado un libro. Ni lo que se discute en clubes ni en guías de lectura. Mi razón de ser es lo que descubro mientras escribo y, para mí, es como contemplar la vida bajo el agua. Todo pasa flotando ante mí y siento miedo, curiosidad,

alegría e incluso fascinación. Me inquieta lo que pienso, tengo dudas sobre mí misma, me da miedo estar viendo sólo la superficie y, a veces, emerjo a buscar aire con una pista en la mano, que finalmente se me escurre como un pez y se hunde tan rápido que ni siquiera puedo recordar qué aspecto tenía.

El motivo que me impulsa a escribir es sentir, sentir en lo más profundo, si es posible, y para conseguirlo, tengo que sumergirme en ese mundo ficticio y luchar para seguir ahí y olvidarme de todo lo demás. Pero luego siempre aparece una frase poco afortunada, una fecha de entrega o las interferencias de esa otra zona horaria llamada «presente». Nunca tengo la sensación de que lo que escribo esté terminado. Como escritora, mi tormento es pensar siempre que no he acabado, que mi trabajo dista mucho de ser perfecto.

Pero ahora tengo que dejar todo eso a un lado, pues quiero contar una historia que empezó como una obsesión.